

CHILE, OCCIDENTE Y LO CLÁSICO. UNA APROXIMACIÓN DESDE EL PENSAMIENTO DE HÉCTOR HERRERA CAJAS Y RICARDO KREBS

Enrique Riobó¹

Resumen

El tema de este trabajo es el análisis del discurso sobre lo clásico (antigüedad grecolatina) de intelectuales conservadores chilenos de la segunda mitad del siglo XX, especialmente, Héctor Herrera y Ricardo Krebs. Esto estará enmarcado en una perspectiva que busca relacionar tal producción académica con problemáticas más amplias, como la legitimación de un cierto modelo de sociedad y modos particulares de comprender lo clásico como trascendente para nuestro país.

Descriptor: Antigüedad clásica – Occidente – Héctor Herrera Cajas – Ricardo Krebs – Civilización Cristiana Occidental.

*La historia de América, de los incas acá,
ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia.
Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.*

(Martí, José. *Nuestra América*)

Introducción

La Antigüedad clásica (griega y romana) se ha entendido, generalmente, como un periodo fundamental –el origen de los procesos que conforman Occidente–, por lo que su relevancia hasta la actualidad sería imposible de negar. De este modo, no es extraño encontrarnos con referencias al mundo greco-romano por doquier dentro de las ciudades latinoamericanas, tanto en su arquitectura como en sus monumentos y estatuas, y Chile no es la excepción. Asimismo, dentro de los medios de comunicación y la industria cultural, a través de películas, juegos y diversos bienes de consumo que hacen referencia a la antigüedad, ya sea en sus tramas o en su estética, ocurre una situación similar. En otros ámbitos de la actualidad, se puede hacer el mismo ejercicio, con resultados parecidos. De este modo,

¹ Licenciado en Historia, Magíster en Historia ©, Becario Conicyt del Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile. Co-investigador Universidad Bernardo O’Higgins. Correo: enrique.riobo@gmail.com

podemos afirmar que lo clásico sigue, al menos en cierta medida, permeando buena parte de nuestras vidas, por lo que seguir preguntándose por su estatuto, puede continuar siendo un ejercicio relevante.

En todo caso, cabe destacar que, al igual que en todo el resto de las áreas del conocimiento humanístico y social, lo clásico es también un campo en continua disputa cultural, que se ha utilizado de maneras muy diversas a lo largo de la historia² y que, por lo mismo, sería muy difícil afirmar que tal tradición se mantiene incólume desde su aparición hace milenios. Tomando en cuenta lo anterior, es posible acordar con Schein en la siguiente idea:

The power of the ‘classical’ does not spring, as is usually thought, from its relation to a real or imagined past, but from its relation to current social, political, and moral values that it helps to legitimate (Settis 2004: 104). In other words, the ‘classical’ is ideological. [...] Since antiquity, the discourse of the ‘classical’ has functioned in just this way to legitimate a social order and a set of institutions, beliefs, and values that are commonly associated with western civilization and ‘our’ western cultural heritage.³

Entiendo, por ende, que los discursos en torno a lo clásico están, en todo momento, mediados por la actualidad, aun cuando aquello no sea aceptado de manera explícita, o incluso consciente, por los mismos. Existiría un diálogo continuo, una retroalimentación

² Ver, por ejemplo: García de Quevedo, Diana. La prefiguración de la Roma antigua en la ideología del romanticismo (1770-1848). Tesis para optar al grado de Doctor en Historia Antigua, Universidad Complutense de Madrid. Madrid, 2002.; A companion to the classical tradition. Blackwell publishing, Oxford, 2007; Greenwood, Emily. ‘We speak latin in Trinidad’ The uses of Classics in Caribbean literature. En: Goff, Barbara (Ed.). Classics & Colonialism. Duckworth, London, 2005. Harrison, Thomas. Through British Eyes: The Athenian empire and modern historiography. En: Goff, Barbara (Ed.). Classics & Colonialism. Duckworth, London, 2005. Laird, Andrew. Soltar las cadenas de las cosas: las tradiciones clásicas en Latinoamérica. En: Bochetti, Carla (ed.), La influencia clásica en América Latina. Universidad Nacional de Colombia, Bogota, 2009. Vasunia, Phiroze. Greater Rome and Greater Britain. En: Goff, Barbara (Ed.). Classics & Colonialism. Duckworth, London, 2005. Vlassopoulos, Kostas. Constructing antiquity and modernity in the eighteenth century: distantiation, alterity, proximity, immanency. En: Foxhall, L, Gehrke, H. J. and Luraghi, N., eds., Intentional History. Spinning Time in Ancient Greece. Franz Steiner Verlag, 2010. Pp.: 341-360, Bernal, Martin. *Atenea Negra*. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. Ed. Crítica. Barcelona 1993, Bochetti, Carla. El helenismo en América Latina: Francisco de Miranda un estudio de caso. En: Nuntius Antiquus N°4, Belo Horizonte, Diciembre 2009. Weiss, Irene. Roma en Chile: Sobre la proyección del mundo antiguo en la conquista de América. En: Argos, 34.1, Asociación Argentina de Estudios Clásicos. Buenos Aires. 2011. Pp.: 97-114 Carrera Mejía, Mynor. Las fiestas de Minerva en Guatemala 1899-1919. En: Estudios (Febrero 1998) Instituto de investigaciones históricas, antropológicas y arqueológicas. Universidad de San Carlos de Guatemala. Pp. 166-175.

³ Schein, Seth. ‘Our debt to Greece and Rome’: Canon, class and ideology. En: Hardwick, Lorna, Stray, Christopher (Eds.) A companion to classical receptions, Blackwell Publishing, 2008, pp. 75-86.

entre lo que se enuncia y el momento de la enunciación. De este modo, comprendemos el concepto de prefiguración que nos entrega Diana García de Quevedo, quien, refiriéndose a Roma, plantea lo siguiente:

El presente estudio intenta adentrarse en el terreno de las ideas acerca de Roma; de la forma en que unas sociedades occidentales, en un margen de tiempo determinado, *han comprendido, a través de sus medios, la República y el Imperio romanos, de qué manera lo han moldeado en torno a su realidad política, social y artística y en qué estado resultante han transmitido esa idea al futuro*. Esencial para lo que pretendemos, es asumir que estos hombres no sólo adaptaron realidades romanas a su forma de ver las cosas sino que el vector, por llamarlo de alguna forma, tuvo doble dirección; es decir, también *proyectaron sobre el mundo antiguo las necesidades, realidades e ilusiones de su momento histórico, dotando a Roma y, a menudo, también a Grecia de unas características que, en realidad, no existían en la antigüedad sino que provenían de su propio universo cultural y que quedarían unidas –a veces para siempre– a la idea de Roma*. A este fenómeno lo hemos llamado “prefiguración”.⁴

Estas ideas me serán útiles en dos sentidos. Primero, como una manera de comprender de forma más productiva los discursos sobre lo clásico –particularmente, la segunda parte de la definición entregada–, en el sentido especificado anteriormente; por otro lado, porque permite mostrar que el discurso sobre lo clásico que prolifera en Chile, está condicionado de manera radical por circunstancias históricas ajenas, y aun cuando exista un diálogo entre éstos y la realidad particular de cada país, la matriz discursiva se mantiene relativamente inalterada.

En el caso particular de este artículo, mis intenciones son, ciertamente, más acotadas. Para poder realizar una revisión profunda, crítica y actual sobre lo clásico en Chile y América Latina, se hace necesario partir por alguna parte, y la intención de este trabajo es la de estudiar parte de la producción de intelectuales conservadores, dentro de Chile, a partir de la segunda mitad del siglo XX, en torno a temáticas relativas a lo clásico, en particular acerca de su relevancia dentro de América Latina. Para esto, no sólo me valdré de la producción académica, sino también de algunos textos escolares oficiales y de apoyo que

⁴ García de Quevedo, Diana. La prefiguración de la Roma antigua en la ideología del romanticismo (1770-1848). Tesis para optar al grado de Doctor en Historia Antigua, Universidad Complutense de Madrid. Madrid, 2002. p. 10. El destacado es mío.

reproduzcan algunas de las ideas generadas a partir de dicha producción. Esto, principalmente por el nivel de difusión que pueden lograr, y porque contienen discursos que, cuando menos, son aceptados por el Estado y se busca promoverlos como hegemónicos.

En este caso, la idea de “intelectuales conservadores” está en directa relación con una manera particular de comprender la historia antigua, y no necesariamente por su filiación política (aunque en la mayoría de las ocasiones no se encuentren distantes). En ese sentido, me enfocaré en autores “*que buscan la manera de preservar su idea del pasado antiguo, transmitiendo sus contenidos (o, incluso, imponiéndolos) a su propia época, sin considerar las preocupaciones de su presente*”⁵, lo que se enmarca dentro del concepto de tradición – en contraposición con el de innovación– de Andrew Laird. En otras palabras, buscaré revisar aquellos autores que planteen la universalidad y la trascendencia del legado clásico en sí mismo, no re-pensado o re-leído a partir de los momentos, circunstancias y condiciones actuales, y que, por tanto, insertan a Chile dentro de un contexto de civilización cristiana occidental, donde el legado greco-romano es considerado como central para el pasado y presente del país. Para este trabajo, el eje de análisis será la obra de dos historiadores: Ricardo Krebs⁶ y Héctor Herrera Cajas⁷, poniendo especial énfasis en este último.

Estos dos puntos serán los ejes de este trabajo: La universalidad y la trascendencia de lo greco-latino y la inserción de Chile en una tradición histórico-cultural cristiana y occidental. Planteo que existe una continua búsqueda de naturalizar y legitimar ambas ideas

⁵ Laird, Op. Cit. Versión digital, disponible en:

http://www.academia.edu/1517573/Soltar_las_cadenas_de_las_cosas_las_tradiciones_clasicas_de_Latinoamerica

⁶ Autor de diversos textos relativos a distintos ámbitos de la historia chilena y universal, Premio Nacional de Historia en 1982. Murió el año 2011. Me parece fundamental su estudio debido a la relevancia que hasta el día de hoy tiene en la educación chilena su manual de historia universal. Ver: Arancibia, Patricia. “Ricardo Krebs Wilkens, Premio Nacional de Historia 1982”. En: *Dimensión Histórica de Chile* 4/5 1987-88. Historiografía, pp. 179-188 (disponible en: www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0018906.pdf).

⁷ Profesor y académico de diversas universidades y fundador del Centro de Estudios Clásicos de la UMCE. Autor de gran cantidad de estudios y artículos relativos a la Historia Antigua y Medieval. Particularmente relevantes fueron sus trabajos en torno a la cultura Bizantina y su producción teórica en torno a la historia y la educación. En este caso, me parece relevante por su rol y producción dentro de los estudios de lo clásico en Chile, así como por ser autor de textos escolares. Ver: Widow, José Luis, Álvaro Pezoa y José Marín (comps.). *Un magisterio vital: historia, educación y cultura. Homenaje a Héctor Herrera Cajas*. Ed. Universitaria, Santiago, 2009).

dentro de los textos revisados, lo que deriva en una serie de estrategias discursivas como la idealización, la occidentalización, la absolutización o la sinécdoque.

Sostengo, a su vez, que dentro de estos textos se pueden encontrar ideas que se relacionan con interpretaciones sociales macro, como un eurocentrismo radical, el formar parte de la civilización cristiana occidental o la dicotomía entre civilización y barbarie; por tanto, si bien estos textos se abocan –en general– a lo clásico, ponen en juego concepciones de sociedad que son mucho mayores⁸. Tomando en cuenta que muchas de estas ideas están plasmadas en textos escolares, podemos comprender que sus alcances fueron –y de manera más matizada, siguen siendo– cuantitativamente más amplios, aceptados y fomentados por el Estado en sus distintos momentos. De este modo, me instalaré en el terreno de las ideas sobre lo antiguo, para intentar dar cuenta de cómo éstas no son neutras, sino que están mediadas de manera radical por el momento y las posibilidades históricas desde las que se enuncian.

Desarrollo

Un texto que me parece relevante para guiar el análisis⁹ se titula *Chile en el ámbito de la cultura occidental*¹⁰. Es una compilación publicada en 1987, coordinada por Hernán Godoy

⁸ Comprendemos que lo clásico puede ser interpretado como un medio para legitimar y desarrollar valores, instituciones o relaciones de poder, que abarcan más allá del puro ámbito de lo antiguo. Por ejemplo, un entendimiento de Grecia clásica como occidental sustenta y despliega de modo distinto las ideas, que uno ha realizado analizándola como parte de un sistema mediterráneo, por lo que los valores, instituciones y relaciones de poder, que por dicho entendimiento están condicionadas, también cambian (Vlassopoulos, Konstantinos. *Unthinking the Greek Polis. Ancient Greek History beyond Eurocentrism*. Cambridge University Press, New York, 2007).

⁹ Debido, en primera instancia, a la explícita relación que tiene con lo que me propongo estudiar, pero también porque es una muestra sucinta de las principales ideas de algunos de los autores centrales para este trabajo.

¹⁰ Cabe resaltar que los autores que integran el libro son, en general, pensadores vinculados al ámbito más conservador del país. Aparte de Herrera Cajas y Krebs, que serán analizados de forma más profunda, nos encontramos con, por ejemplo, José Miguel Ibáñez Langlois, teólogo y sacerdote del *Opus Dei*, Fernando Moreno, pensador muy cercano a las corrientes más tradicionales de la Iglesia Católica (<http://www.theclinic.cl/2010/06/20/fernando-moreno-valencia-filosofo-y-defensor-de-karadima-%E2%80%9Clos-ambientes-diplomaticos-son-caldo-de-cultivo-para-los-homosexuales%E2%80%9D/>), Bernardino Bravo Lira, historiador que incluso es tildado de “nacional socialista” por Alfredo Jocely-Holt (<http://www.theclinic.cl/2010/09/26/historiadores-contra-premio-nacional-de-historia-2010-latoso-rey-del-refrito-monarquico/>) o Julio Retamal, historiador nombrado como vicerrector académico de la UMCE durante la dictadura. El mismo compilador, Hernán Godoy, es un pensador que puede enmarcarse dentro de una

Dossier:

Ideas e intelectuales en América Latina:
El pensamiento social en disputa

Urzúa, donde se responden, por parte de diversos intelectuales chilenos, las siguientes preguntas: ¿En qué consiste la Cultura Occidental y cuáles son sus rasgos fundamentales?, ¿Qué influencia tiene la Cultura Occidental en los pueblos latinoamericanos?, ¿Qué valores de la Cultura Occidental parecen estar amenazados en Chile y cómo podrían salvaguardarse? y ¿Cómo se manifiesta la Cultura Occidental en la disciplina que usted cultiva?

Con motivo de la segunda pregunta, en el comentario realizado por el compilador, –previo a las respuestas– éste plantea la siguiente idea: “Las respuestas coinciden en reconocer a la Cultura Occidental como génesis fundamental de los pueblos latinoamericanos; América Latina es producto de la expansión de la Cultura Occidental”¹¹. Su existencia histórica, por ende, surge como parte de la Cultura Occidental.

La noción de que América Latina sólo llega a un status de “histórica” una vez que es colonizada por España se repite en diversas instancias. El caso de Herrera Cajas¹² es particularmente revelador en ese sentido:

La influencia de Occidente sobre el mundo latinoamericano se manifiesta, entre otras cosas, en lo siguiente: en primer lugar *es desde Occidente de donde estos pueblos reciben la historia*, no solamente en cuanto nos integramos a la gran historia, a la historia universal, a partir del descubrimiento de América, dado que hasta ese momento estábamos marginados de esa gran historia –intuida por Polibio como la creación que estaba logrando Roma en el mundo

tendencia fuertemente nacionalista. En ese sentido, algunas de sus opiniones e ideas serán presentadas en este artículo, para complementar el argumento central.

Asimismo, la editorial Andrés Bello –que reproduce este libro– es reconocida por publicar textos de marcada inclinación derechista, siendo *Pinochet: Patria y Democracia*, de 1984, un ejemplo tremendamente explícito. En ese sentido, es posible pensar que la compilación aquí revisada pudo ser significativa en la conciencia conservadora de finales de la dictadura.

¹¹ Godoy, Hernán. (Comp.) Chile en el ámbito de la cultura occidental. Andrés Bello, 1987. Pág. 121. El destacado es mío.

¹² Quien en un texto escolar escribe: “Esta etapa (la prehistoria) no fue igual en las distintas zonas del mundo, ya que hubo lugares más desarrollados que otros. Mientras en Mesopotamia y Egipto la prehistoria terminó a fines del cuarto milenio y la segunda mitad del segundo antes de Cristo, respectivamente, *en algunas partes de Oceanía, África y América se han mantenido formas de vida prehistórica hasta este siglo*” (Herrera Cajas, Héctor, Olga Giagnoni y Eliana Franco. Historia y geografía I. Primer año de Educación media. Ediciones pedagógicas chilenas, Librería francesa. Santiago, Chile. 1983. Pág. 9. Destacado mío). Esta noción se repite, por ejemplo, en textos de difusión masiva que tienen por objeto ser un material de apoyo a la educación escolar, como *Icarito*: “En el caso de América, la Prehistoria nos indica el período anterior a la Conquista hispana” (¿Por qué estudiamos Historia y Geografía? *Icarito*, Nº746, 25 de Agosto, 1999).

mediterráneo¹³—, sino en un sentido aún mucho más profundo: *ingresar a la historia*; lo que hizo entrar en crisis toda la arcaica estructura de estas culturas primitivas, o de civilizaciones que estaban detenidas, por no tener una trascendencia presentada por un tiempo en el cual puedan o deban realizarse nuevas etapas, en el cual se muestre todo el dinamismo propio de la historia de Civilización Cristiana Occidental¹⁴.

A partir de lo anterior comprendemos que, para Herrera Cajas, no es posible entrar a la historia, que sería un modo más “avanzado” de existir, en el que se superan los modos de vivir anteriores —primitivos, arcaicos o detenidos—, si no se es parte de la “Civilización Cristiana Occidental”. Por tanto, cuando se abandonan las formas de vida previas a la dominación europea, para abocarse a la vida occidental, existiría una mejora cualitativa para la sociedad en su conjunto —aunque esta no sea, necesariamente material; en efecto, ésta parece ser más meta-histórica que otra cosa—. Desde esta perspectiva existe una valoración claramente positiva de la conquista de América, como un proceso histórico en el cual:

‘El indígena pasa a ser hijo del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; miembro de la Iglesia, una santa, católica y apostólica; súbdito de reyes que velan paternalmente por su justo trato y eterna salvación’, y que, por lo mismo: ‘*Su tiempo adquiere el ritmo del tiempo de la historia*; su mundo de leyendas se injerta en el mundo de las crónicas. *Su tránsito se convierte en un itinerario con un norte que da sentido a su vida*’¹⁵.

El autor comprende la conquista de América como el inicio de un proceso en el cual: “España fecundó generosamente estas tierras nuevas desde el momento mismo de su descubrimiento con lo mejor que ella tenía y sin escatimarlo, dando así nacimiento a

¹³ Superar el regionalismo desde el punto de vista geográfico, significó una audaz empresa que se prolongó por milenios. Recordemos que hasta el siglo XVI, el Mediterráneo fue el mar de la Historia, es decir, sólo aquellos pueblos que lo contorneaban, o los que le estaban inmediata o íntimamente conectados, parecieron tejer la trama de la Historia (Herrera Cajas, Héctor. El concepto de historia universal, pp. 56-61, 1959. En: Herrera Cajas, Héctor. Dimensiones de la responsabilidad educacional, Ed. Universitaria, Santiago, 1988, p. 59).

¹⁴ Herrera Cajas, Héctor. ¿Qué influencia tiene la Cultura Occidental en los pueblos latinoamericanos? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 132 Este tema será tocado también más adelante.

¹⁵ Herrera Cajas, Héctor. Dimensiones del descubrimiento de América, pp. 88-90, 1974 En: Herrera Cajas, Héctor. Op. Cit. Pág. 89. Destacado mío.

América. Ese año, pues, *se descubre que América pudo nacer occidental y cristiana.*¹⁶ De este modo, vemos cómo se deshistoriza, tanto a un amplio periodo de la historia del continente como a una gran cantidad de grupos sociales y culturas que lo conformaban hasta ese momento, e incluso se llega a deshumanizar a todos aquellos que no viven la experiencia histórica occidental, cuando se afirma, como veremos más adelante, una relación intrínseca entre lo humano y lo clásico, y por tanto, lo occidental¹⁷. Se hace una contraposición radical entre una y otra manera de desenvolverse dentro del mundo, una relacionada con lo civilizado y con formas culturales superiores, y otra que, alejada de ellas, o acepta su colonización y tutelaje cultural –como veremos en seguida– o quedaría fuera de la “historia universal”. En otras palabras, se absolutiza una manera específica de comprender la experiencia histórica, quedando todo el resto fuera de lo histórico, en una operación que se asemeja mucho a la dicotomía entre civilización y barbarie.

Ahora, más allá de la conquista y colonización de América, pero bajo similares perspectivas, el autor se muestra particularmente proclive a los “periodos coloniales”, en tanto es durante éstos en que se da el “proceso de apropiación, maduración y consolidación

¹⁶ *Ibíd.* Destacado mío. De este proceso nacería la “la esencia” del continente, la que a su vez está compartida con Europa y que, aunque se quiera esconder, siempre saldría a flote – más adelante se tocará el problema de la “crisis occidental”. Esto tiene implicancias de gran importancia y actualidad, como se puede ver en la siguiente cita, de 1974, donde se hace una clara referencia al Golpe de Estado como una oportunidad para “redescubrirse”: “En Chile, ahora, cuando hace apenas un año hemos tenido la gloriosa oportunidad de descubrirnos una vez más en lo que intransablemente somos, tenemos que saber –para animarnos cotidianamente en esta misión– que, de acuerdo a los inescrutables caminos de la Providencia, quizás depende de nosotros que nuevamente América y España, Occidente y el Mundo, se descubran” (*Ibíd.*, p. 90).

¹⁷ Por ejemplo, en lo relativo al rol del historiador, éste debe –acorde a Herrera Cajas– “más bien posesionarse de lo propiamente humano del hombre para ser capaz de sentir e interpretar su presencia donde quiera que se encuentre. En esta característica exigida al historiador radica el altamente profundo valor formativo de la Historia Clásica; en el Mundo Clásico se alcanzó, en muchos aspectos, a captar la humanidad en todo su problematismo y plenitud; debemos pues considerar *lo clásico* como una de las paralelas fundamentales que encarrilan nuestra concepción histórica; la otra es el *Cristianismo*” (Herrera, *El concepto de historia universal*. Op. Cit., p. 57-58).

de valores culturales, en suma, *el tiempo de cultivo*”¹⁸ necesario para que una formación cultural “sea orgánica y poderosa”. Así,

[f]rente, pues, al vituperado concepto de colonialismo cultural, con toda su conocida carga ideológica, proponemos una más adecuada intelección: *colonia* (de la misma raíz que cultura) como un tiempo generoso de la entrega y de la recepción, como tiempo requerido para hacer fructificar las semillas bajo la mirada atenta de los colonizadores. *El espíritu de colonizador*, totalmente comprometido con su tarea cultural, y que nada tiene en común con dependencias políticas ni esquemas económicos, con los cuales a menudo se quiere identificarlo, *es el que siempre hace falta para reiniciar la nunca acabada conquista de la dimensión cultural de la humanidad*.¹⁹

De este modo, es posible dar cuenta que, para el autor, la imitación es la manera fundamental a partir de la cual deviene la cultura: “De aquí la importancia de proponer *modelos dignos* a la juventud si se quiere que la cultura de un pueblo no sólo se mantenga o se extienda, sino se eleve y perfeccione, de acuerdo al imperativo evangélico”²⁰. Es posible inferir, como veremos también más adelante, que esos *modelos dignos* están, probablemente, relacionados con una noción particular de lo clásico, que buscaré ir desentrañando a medida que se avanza en el presente artículo.

Por otro lado, Ricardo Krebs plantea la siguiente idea: “A raíz de la conquista española, América quedó incorporada a Occidente”, y a renglón seguido nos dice que “la América hispánica recibió de España y a través de España [...] los valores esenciales de la cultura grecolatina”. Finalmente, en el mismo sentido, escribe que: “En términos generales se puede decir que los países latinoamericanos, después de su incorporación a Occidente, participaron en todas las experiencias históricas del mundo occidental.”²¹

¹⁸ Herrera Cajas, Héctor. Imitación, apropiación y estilo. Pp. 25-29. En: Herrera Cajas, Héctor. Op. Cit., p. 26.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 26-27. Destacado mío.

²⁰ *Ibíd.*, p. 28.

²¹ Krebs, Ricardo. ¿Qué influencia tiene la Cultura Occidental en los pueblos latinoamericanos? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 123. Bernardino Bravo, por otro lado, sugiere que: “América hispana surgió a la vida histórica dentro de la Cultura Occidental, que le suministró los fundamentos sobre los cuales se forjó su unidad histórica” (Bravo, Bernardino. ¿Qué influencia tiene la Cultura Occidental en los pueblos latinoamericanos? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 127.) y que, por tanto, la relación que existe entre Hispanoamérica y la Cultura Occidental es más bien la de la parte al todo. Iberoamérica pertenece al mundo occidental y dentro de él comparte con Europa una misma cultura (*Ibíd.*, p. 128). Con Julio Retamal vemos que, si bien acepta que América es parte de Occidente hace siglos (“La Cultura Occidental tiene una influencia fundamental. Tan fundamental que toda América forma parte, desde hace siglos, de Occidente” [Retamal, Julio. ¿Qué influencia tiene la Cultura Occidental en los pueblos latinoamericanos? En: Godoy

De acuerdo a las diversas citas mencionadas podemos vislumbrar cómo se occidentaliza América Latina, cuando se dice que dicha cultura es el eje y el cimiento de la vida histórica del continente, en ocasiones sin mayor reparo ni tomando en cuenta la complejidad de anular la especificidad latinoamericana, igualándola con las experiencias europeas y norteamericanas.

Asimismo, aun cuando sería difícil negar que buena parte de la élite o se considera o busca incorporarse a la tradición histórico-cultural occidental²², por lo que busca igualarse a los países que la componen, existen una serie de otros grupos sociales que, probablemente, no tienen el mismo sentir, los cuales están siendo cuando menos invisibilizados por varios de los autores en cuestión. De hecho, podría decirse que la única historiadora que no plantea una América Latina puramente occidental, dentro del libro antes nombrado, sería Isabel Cruz²³.

Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 127]), lo hace de manera mucho más matizada, en tanto plantea que muchos de los patrones y formas culturales occidentales “fueron modificadas –enriquecidas algunas y desvirtuadas otras– por el aporte aborigen, según ya se expresó, sobre todo en los niveles o estratos más populares” (Ibíd., p. 25).

²² Dussel, por ejemplo, plantea, en términos muy generales, la siguiente idea: Las élites latinoamericanas se sienten parte de Occidente, y por ende, de la cultura y la historia europeas (Dussel, Enrique. *1492 El encubrimiento del otro: hacia el origen del “mito de la Modernidad”*. Quito: Abya-Yala, 1994, p. 173). En ese sentido se entiende, por ejemplo el “afrancesamiento” de las oligarquías de fines del XIX y principios del XX, como un afán por incorporarse a Occidente, lo que se veía como necesario para avanzar hacia la modernidad (Amoretti, María. *Interculturalidad y mestizaje en Rubén Darío*. 2010, p. 3. Disponible en:

<http://www.ucm.es/info/secom/ProINVECOM/documentos/interculturalidad-y-mestiza.pdf>). El elemento clásico también adquiere un firme rol en tal búsqueda, como lo

plantea Taboada: en Colombia Miguel Antonio Caro (1843-1909) basó su régimen conservador no sólo en la mano dura de su policía sino también en el estricto conocimiento de la gramática y las lenguas clásicas; [...] en México los miembros del Ateneo de la Juventud leían a Platón hasta altas horas de la noche y se llamaban entre sí con nombres helénicos mientras sonreían a Porfirio Díaz; el dictador dominicano Rafael L. Trujillo fue el creador, para sus apologistas, de la “era griega de la historia dominicana” (Taboada García, Hernán. José Enrique Rodó: el oriental y la Hélade. En: *Anuario del colegio de Estudios Latinoamericanos*, Vol. 2, 2007, pp. 89-95. Pág. 90) Ahora, si bien los modos tan explícitos ya no proliferan como hace décadas, y los referentes son otros –por ejemplo, para los más conservadores, España y el periodo colonial tendrá un estatuto mayor que Francia– me parece que aún pervive parte de esta búsqueda por formar parte de Occidente, y en ese sentido es que se enmarca este trabajo.

²³ “Sin duda la Cultura Occidental constituye un componente sustantivo pero no único del ‘ser’ latinoamericano. La otra faceta de estos pueblos, menos conocida, pero no por ello menos real, es la que han aportado sus ancestros precolombinos, los aborígenes de América. [...] Mestizos e indígenas que, salvo excepciones, ocupan los estratos sociales

Dossier:

Ideas e intelectuales en América Latina:
El pensamiento social en disputa

Todas estas ideas se relacionan de manera profunda con la problemática que guía este trabajo, en tanto –como se verá más adelante–, la manera en que se comprende Occidente por parte de los autores en cuestión está permeada, de manera fundamental, por una valoración de lo clásico como fuente trascendental y absoluta de sentido.

Si ya hemos visto que América Latina formaría parte de Occidente, vale la pena preguntarse qué es lo que se está comprendiendo por tal concepto dentro de los autores en cuestión. Para Héctor Herrera Cajas, el concepto de cultura occidental es muy reducido, y por tanto, considera que Civilización Cristiana Occidental es un término mucho más adecuado, por su mayor amplitud²⁴. De ésta derivan “ciertos tipos humanos característicos que dan cuenta de lo que son algunos rasgos fundamentales”²⁵, entre los que encontramos al héroe²⁶, al estadista²⁷, al sabio²⁸ y al santo. Acto seguido, se acepta la relevancia cultural

medios y bajos, se incorporan aparentemente a la Cultura Occidental, y si bien adquieren un cariz europeo, sus creencias, sus costumbres y sus modos de vida conservan muchos rasgos de las culturas originarias” (Cruz, Isabel. ¿Qué influencia tiene la Cultura Occidental en los pueblos latinoamericanos? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 129). Por otro lado, plantea que: “Se ha tendido a ‘occidentalizar’ en exceso –sobre todo a partir del siglo XIX– los comportamientos, formas de vida y modos de pensar latinoamericanos, lo cual ha derivado en el menosprecio de la propia identidad y, como consecuencia, en el plagio y en la imitación de lo foráneo, peligrosas y a veces inconscientes modalidades de autocolonialismo” (Ibíd., p. 130).

²⁴ Herrera Cajas, Héctor. ¿En qué consiste la Cultura Occidental y cuáles son sus rasgos fundamentales? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 12.

²⁵ Ibíd., p. 13.

²⁶ “[...] sigue teniendo vigencia como aporte del mundo clásico la imagen del héroe. ¡Cuántas hazañas del mundo medieval, así como las grandes empresas de la conquista española en América, no se llevan a cabo sino con verdaderos héroes –casi de leyenda– que descubren nuevas tierras, conquistan pueblos, fundan ciudades, tal como había sido un Eneas para Roma!” (Ibíd.).

²⁷ “A la figura del héroe sigue la figura del estadista y tenemos entonces otros rasgos que corresponden a toda esta tendencia a organizar el mundo en expresiones en las cuales prime el orden y se haga posible la paz; gracias a esta figura estadista encontramos también una relación con el mundo greco-romano, que se proyecta hasta nuestros días, durante siglos, en Europa y aun en América. El que quería llegar a ser una persona que tuviese peso en la política contemporánea se formaba en la lectura de los clásicos, porque allí se encontraban las mejores lecciones para ver cómo, en su momento, había actuado el hombre con responsabilidades de gobierno. El conocimiento de Tucídides, de Tito Livio, de Plutarco, era indispensable para la formación del estadista moderno” (Ibíd.).

²⁸ “Hay otras figuras que igualmente podemos considerar como propias de la civilización occidental, como es la del sabio, con la cual se subraya toda esta preocupación por las ciencias, por el conocimiento –como bien apetecible por sí mismo–, por la filosofía, y con eso se destaca esta preocupación que siempre ha tenido Occidente por el hombre [...]” (Ibíd.). En este caso, si bien no hay una relación explícita con lo clásico, se puede deducir que para del autor, existe una noción de conocimiento y sabiduría fuertemente permeada por la manera greco-latina de acceder al mismo.

para occidente de culturas fuera del ámbito geográfico del mismo, en particular, la persa²⁹. Los “tipos humanos característicos” tienen como referencia y base a la cultura clásica, en dos casos de manera explícita y en uno implícitamente. En el caso del santo, la referencia se relaciona mucho más con el cristianismo, que no es el eje de este artículo, aun cuando será tocado de manera somera a lo largo del mismo, ya que es continuamente evocado por los autores.

Aun cuando la mayoría de los autores considera que Occidente se inicia con posterioridad a la caída del Imperio Romano occidental, los valores y el legado de las culturas griegas y romanas se ven como fundamentos de lo que con posterioridad se constituirá como cultura occidental. Asimismo, el cristianismo, en relación con la antigüedad clásica, pero también en sí mismo, sería central en la concepción de Occidente.

Para Julio Retamal, por ejemplo: “Occidente heredó de la Cultura Clásica la tendencia a la búsqueda de la verdad natural –al comienzo unida y, luego, separada, de la sobrenatural– y a su definición.”³⁰ Por otra parte, Bernardino Bravo plantea que:

la Iglesia y los hombres de la Iglesia se convierten no sólo en depositarios y transmisores de la Verdad revelada, sino también del saber grecorromano. En particular, los monjes, aparte de roturar tierras e incorporarlas al cultivo, conservan y copian las obras clásicas, son los verdaderos maestros de Occidente.³¹

Luego, Bravo entiende que las humanidades son un eje central dentro de espacio cultural en cuestión, y que éstas se relacionan fuertemente con lo clásico:

Normalmente se entiende por humanidades el cultivo de las lenguas clásicas: el griego y el latín, que permiten el acceso a los autores de la Antigüedad. Pero esto no es todo. La lengua es un medio para formar al hombre en los altos ideales clásicos.³²

²⁹ *Ibíd.*, p. 14.

³⁰ Retamal, Julio. ¿En qué consiste la Cultura Occidental y cuáles son sus rasgos fundamentales? En: Godoy Urzúa, Hernán. *Op. Cit.*, p. 18.

³¹ Bravo, Bernardino. ¿En qué consiste la Cultura Occidental y cuáles son sus rasgos fundamentales? En: Godoy Urzúa, Hernán. *Op. Cit.*, p. 21.

³² *Ibíd.*, p. 25.

Luego, nos va a decir que “a ellas corresponde capacitar al hombre para llevar una vida digna de tal”³³, para posteriormente poner énfasis en la *paideia* griega, “como un aporte de alcance universal, que la Cultura Occidental hizo suyo”, y que tendría similar meta que las humanidades³⁴ –lo que hace sentido, tomando en cuenta que en aquélla estaría, al menos en parte, su origen. El autor finaliza dando cuenta de cómo estos ideales, llegarían hasta nosotros, “por la doble mediación de Roma y de la Iglesia. Roma los hizo suyos y los difundió en la *Pars Occidentis* del Imperio conquistado por sus legiones.”³⁵

Esta última idea es compartida por varios autores³⁶, pero el caso de Ricardo Krebs es particularmente interesante. Éste escribe: “Los ideales de la Polis³⁷ griega sobrevivieron a través del Imperio romano. El Imperio romano fue comprendido, idealmente, como una organización de paz y justicia.”³⁸ Luego, continúa con algunos legados del imperio romano, particularmente con el derecho, para finalizar la idea con lo siguiente:

³³ *Ibíd.*

³⁴ “La meta de la educación griega fue capacitar al hombre para desempeñarse de un modo acorde a su condición en todas las circunstancias. Por eso incluía no sólo el culto de los dioses de la ciudad y el cultivo de la forma corporal, de la inteligencia, de las virtudes morales, de la elocuencia, de la música y de las demás artes.” (*Ibíd.*, p. 26).

³⁵ *Ibíd.*

³⁶ Como Carmen Lorenzo, quien plantea: “Arte filosofía y religión, y otras manifestaciones de la cultura griega, fueron asimiladas por los romanos, que les impusieron su sello y las difundieron por medio de sus legiones en los más remotos límites de su vasto imperio, junto con sus dos monumentales aportes que llegarían a ser, en cierta medida, elementos unificadores de la Cultura Occidental: la idea de juricidad, el derecho, y la lengua latina” (Lorenzo, Carmen. ¿En qué consiste la Cultura Occidental y cuáles son sus rasgos fundamentales? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 111). Asimismo, podemos ver tal idea plasmada en variados textos escolares y de difusión masiva, como por ejemplo: “Los griegos con el fin de evitar que el Estado fuera gobernado mediante el capricho de un solo hombre se basaron en la ley como expresión de la voluntad de la mayoría. Es así como los Estados modernos se basan en los conceptos políticos de los griegos que perfeccionados por los romanos pasaron a formar parte de la cultura occidental” (Doren, Alejandro. Historia y Geografía. Primer Año. Texto especialmente preparado para la educación comercial, conforme al programa vigente. Santiago, Chile, 1964, p. 182); o “Los romanos heredaron la cultura griega o helénica y la mezclaron con la suya, la románica. De esta fusión surgió la denominada cultura greco-romana. El funcionamiento político, social y cultural de las sociedades occidentales actuales está basado en esta cultura.” (Roma, Icarito Nº824, 25 de Julio, 2001, p. 2).

³⁷ Los que podríamos resumir en la siguiente cita: “El hombre, como ser racional y social, crea el mundo ordenado de la cultura. La verdad que piensa el filósofo, la obra bella que intuye el artista, el bien económico que crea el trabajador, la acción ética que realiza el hombre de bien: todo ello constituye la cultura, que significa la superación del caos de los instintos y de las pasiones y que es un mundo ordenado que permite al hombre ordenar su existencia y llevar una vida digna de su condición de hombre” (Krebs, Ricardo. ¿En qué consiste la Cultura Occidental y cuáles son sus rasgos fundamentales? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., pp. 7-8).

³⁸ *Ibíd.*, p. 8.

Si el Imperio romano es recordado como la organización más grande de la historia universal, no es sólo por su extensión y su poder, sino ante todo por la intensa labor civilizadora que realizó bajo el amparo de la ley. El Imperio debía ser un orden de paz y justicia que permitiese al hombre elevarse del nivel de la mera subsistencia a un plano de dignidad y virtud.³⁹

A renglón seguido, hablando del cierre del templo de Jano, escribe:

Se cerraban las puertas de su templo cuando había paz en todo el Imperio. La ausencia de la acción guerrera significaba que, por el momento, se habían acallado las pasiones y que, habiendo paz, la vida se realizaba en plenitud. Parecía detenerse el tiempo, el presente adquiría un sentido eterno y la existencia cotidiana se identificaba con el ser esencial del hombre.⁴⁰

Roma, entonces, más que un imperio que colonizó y dominó, por varios siglos a gran parte de Europa, imponiendo de diversas maneras su voluntad a una serie de pueblos, es visto como una lumbrera civilizadora, que entrega la posibilidad de que el hombre se pueda desarrollar en dignidad y virtud, acercándose, incluso, a la esencia del mismo. No sólo eso, sino también corresponde a una formación política que tendría como base, la paz y la justicia. El nivel de idealización que podemos identificar en este caso es bastante alto.

Para Herrera Cajas, la relación entre lo griego y lo romano es también fuerte y central en el devenir occidental. En efecto, hablando de Cicerón y de su tratado *De Officiis*, entiende que éste “está escrito desde el pensamiento griego, pero todo él, a su vez, iluminado por la experiencia de las grandes virtudes del espíritu romano”⁴¹; continuando la idea nos dice “a partir de ese momento, *lo clásico adquiere la dimensión con la cual pasará a ser constitutivo del alma de Occidente*. Y si pasa a Occidente es porque lo clásico va a ser también la cuna en la cual se va a acoger el mensaje cristiano.”⁴²

La religión cristiana es, para Herrera Cajas, fundamental para Occidente y, más aún, para la historia universal en general. De hecho, para él: “toda la Historia, es decir, todos los hombres se *encuentran* en Cristo, Cristo vino a ser el representante de toda la Humanidad

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ De los estudios clásicos, pp. 65-69. 1988, En: Herrera Cajas, Héctor. Op. Cit., p. 66.

⁴² *Ibíd.* Destacado mío.

pasada, pero también de toda la Humanidad futura”⁴³ y, por lo tanto: “hay, pues, a través de la vida de Cristo, un encontrarse con toda la Humanidad y sólo en tanto logremos esta con-vivencia, alcanzaremos el nivel de comprensión que exige la Historia Universal.”⁴⁴

En el caso de Krebs, –aunque con un nivel de teorización mucho menor que el de Herrera Cajas– el cristianismo tendrá también una centralidad radical en la definición de Occidente. Esta religión incorporaría las ideas de un hombre racional y social, correspondientes al legado clásico, pero agregando una nueva noción, la de trascendencia. En ese sentido, “el hombre debe realizar su racionalidad y sociabilidad a través de la ordenación racional de la sociedad”, pero, “a su vez, debe trascender su existencia natural y elevarse al orden sobrenatural en que supera la contingencia del momento fugaz y puede hacer la experiencia de Dios, que es el Ser absoluto.”⁴⁵

Krebs, refiriéndose a las “lúgubres profecías spenglerianas y a las apocalípticas visiones de una guerra total que pondrá fin a la historia del género humano y a toda forma de vida en nuestro planeta”⁴⁶, y asumiendo una decadencia en los valores occidentales –tema que aparecerá también más adelante–, les contrapone todos los elementos beneficiosos y la riqueza cultural que habría entregado Occidente a lo largo de la historia, en un párrafo épico que, me parece, vale la pena transcribir completo, ya que muestra de manera clara su postura, tanto en relación con la trascendencia del legado occidental como con sus posibilidades futuras de desarrollo, y por ende, con el lugar central que debería tener en la sociedad:

Mas en medio de la angustia, de la confusión y de la transmutación de todos los valores, *la cultura infinitamente rica de Occidente sigue siendo fuente de consuelo e inspiración y modelo para la acción*. Muchos hay que siguen leyendo los «Diálogos» de Platón y que encuentran en la «Ética» de Aristóteles una confirmación de su convicción de que el hombre, por naturaleza, es un ser racional. Muchos hay que siguen creyendo en Dios Padre y en Jesucristo y que se sienten comprometidos con las palabras del Sermón de la Montaña. Muchos hay que, con Pico de la Mirándola, creen que la condición esencial del hombre es su libertad y que su tarea en la historia es la creación de un mundo que le permita realizar su dignidad humana. Muchos hay que están convencidos de la

⁴³ Herrera, El concepto de historia universal, Op. Cit., p. 61.

⁴⁴ *Ibíd.*

⁴⁵ Krebs, Ricardo. ¿En qué consiste la Cultura Occidental y cuáles son sus rasgos fundamentales? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 8.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 10.

ciencia y la técnica permitirán al hombre reducir su dependencia material y conquistar una mayor libertad. *Muchos hay que siguen creyendo en la potencia creadora de Occidente.*⁴⁷

En otros momentos, el autor nos planteará de manera más explícita el lugar que debería tener la cultura occidental dentro de nuestro país. Esto lo podemos ver cuando, refiriéndose a la crisis de los valores occidentales dentro de Chile, entiende que ésta “ha dado origen también a una crisis de nuestras formas e instituciones educacionales”, y que, “Con el fin de salvaguardar estos valores [los occidentales] deberíamos esforzarnos por rescatar la calidad de nuestra educación.”⁴⁸ A su vez, comprende que existe una relación importante entre estos valores occidentales, paulatinamente masificados a través de la educación, y la cada vez mayor conciencia nacional de aquellos que son adiestrados en ellos, haciendo referencia a la clase media. Es sólo cuando estos grupos adquieren los valores culturales occidentales, que se pueden incorporar “plenamente a la nación”. Previo a este proceso, “*La cultura superior, arraigada en las tradiciones de Occidente*, estuvo limitada [...] a la ‘alta sociedad’ chilena, que, a través de viajes y relaciones personales, estaba vinculada directamente a los centros culturales del Viejo Mundo”⁴⁹, pero luego:

A través del Liceo esta cultura fue transmitida a los nuevos grupos sociales que fueron ascendiendo. El Liceo fue la gran escuela en que se educó la clase media chilena. *A través del Liceo, la clase media asimiló las tradiciones políticas y culturales y se identificó con las formas que estaban definiendo la identidad nacional.* La clase media hizo suya la tradición republicana y se esforzó por democratizarla sin alterar sus formas substanciales. *La clase media aprendió a apreciar los valores de la ‘polis’ ateniense y de la ‘paideia’ griega, a gozar con los valores estéticos de Miguel Ángel y Rafael, leyó a Cervantes y Shakespeare y recitó los versos de Bécquer y Víctor Hugo.*

La clase media se incorporó plenamente a la nación. Por este motivo ella pudo asumir la dirección política sin que se produjera una ruptura con el pasado [...] En medio del cambio se mantuvo la continuidad histórica.⁵⁰

Sin embargo, y aquí surge un problema que, para Krebs, urge ser solucionado, existen vastos grupos sociales a quienes:

⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 10-11. Destacado mío.

⁴⁸ Krebs, Ricardo. ¿Qué valores de la Cultura Occidental parecen estar amenazados en Chile y cómo podrían salvaguardarse? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 200.

⁴⁹ *Ibíd.* Destacado mío.

⁵⁰ *Ibíd.*, pp. 200-201. Destacado mío.

[...] *no hemos sabido transmitir nuestros valores culturales y nuestras virtudes cívicas a las masas populares. No hemos logrado incorporar a amplios sectores de los nuevos grupos sociales a la vida de la nación. Estos sectores no se han incorporado al sistema productivo; muchos se mantienen al margen de la vida religiosa o abrazan creencias que carecen de raíces en nuestra tradición espiritual; muchos hay que jamás han oído los nombres de Homero, Cicerón o de Dante y para quienes la Cultura de Occidente es simplemente inexistente.*⁵¹

Sería necesario, por tanto, integrar a estos grupos sociales a “nuestra” tradición cultural, la occidental, para que pueda ocurrir similar proceso que con la clase media. En ambos casos se está mostrando la centralidad de la educación como medio formador y configurador de una manera específica de comprenderse como país y cultura. De manera aún más explícita nos lo plantea en la siguiente cita: “recordemos que nuestra tradición cultural y nuestra identidad nacional siempre se han nutrido de los valores de la Cultura Occidental. *Estos valores deben seguir configurando los contenidos de nuestra educación.*”⁵²

Existe, asimismo, un diagnóstico compartido en torno a la latente amenaza de los valores occidentales, tanto dentro Chile como en el mundo en general. En ese sentido, Héctor Herrera Cajas entiende que: “Los valores más amenazados son aquellos que están en íntima relación con tradiciones fundantes de nuestra civilización, es decir, *con todas aquellas que proceden del mundo grecorromano*, así como de los aportes transmitidos por el cristianismo y por el mundo germánico.”⁵³ En el mismo sentido, pero de manera más inquisidora, da cuenta de la existencia de un: “intento organizado por tratar de debilitar, socavar y aún negar ciertos valores, que nosotros consideramos parte de nuestro patrimonio nacional y, más todavía, parte de nuestro patrimonio como miembros de esta Civilización Cristiana Occidental.”⁵⁴

De acuerdo a lo anterior, es posible comprender de manera más clara una noción de trascendencia absoluta de una serie de valores que, sin importar el momento, siempre deben estar vigentes. De ese modo, Herrera Cajas critica la idea de que, por estar “a la altura de

⁵¹ *Ibíd.*, p. 202. Destacado mío.

⁵² *Ibíd.* Destacado mío.

⁵³ Herrera Cajas, Héctor. ¿Qué valores de la Cultura Occidental parecen estar amenazados en Chile y cómo podrían salvaguardarse? En: Godoy Urzúa, Hernán. Op. Cit., p. 197. Destacado mío.

⁵⁴ Chile y los valores nacionales, pp. 114-130, 1987. En: Herrera Cajas, Héctor. Op. Cit., p. 115.

los tiempos”, se deban cuestionar o negar tales valores. Esto lo realiza a partir de una referencia a una denuncia del poeta Horacio, durante el gobierno de Augusto, en Roma.⁵⁵

A partir de lo anterior, sus planteamientos en torno a la antigüedad greco-romana se entienden de manera más óptima. En el texto *De los estudios clásicos*, haciendo referencia a la apertura del Centro de Estudios Clásicos, da cuenta de que, con éste se está “respondiendo a la necesidad, sentida por muchos, de volver a instaurar en el país el estudio de los textos fundantes de nuestra tradición occidental y cristiana”⁵⁶, y por lo mismo, dice, “Si estamos inaugurando un Centro de Estudios Clásico, es porque estamos plenamente convencidos de que su estudio es de la más lozana y plena actualidad”⁵⁷. Un ejemplo explícito que Herrera Cajas entrega es el siguiente:

Una de las palabras tal vez claves en la historia de Occidente, es [...] *paideia* – educación- es uno de los temas que atraviesan la historia de Occidente, y evidentemente dentro de lo que es la misión de hombres selectos de las sucesivas épocas de la historia, pasa a constituirse en preocupación y tarea de toda civilización [...] *para nosotros este ideal de hombre –del cual, de algún modo, somos expresión- y que seguimos anhelando, tiene sus raíces en el mundo griego.*⁵⁸

En el mismo texto, y siguiendo con igual idea, va a relacionar de manera aún más clara lo clásico con lo actual, en específico, con lo chileno:

Hay que volver a la Acrópolis; pero la Acrópolis son ruinas y seguirán siendo ruinas si nosotros no sabemos rescatar, desde esas ruinas, el espíritu que cada época requiere. La Acrópolis, en efecto, ha servido de inspiración, a lo largo de los siglos, para grandes poetas y pensadores; la Acrópolis es símbolo imperecedero del espíritu de los antiguos, que brota, vivo, pujante, y fecunda con mayor o menos intensidad –según sea la acogida que se le preste- distintos momentos de la historia de Occidente. *Ese es el espíritu, pues, el que hoy día esta Universidad ofrece a la juventud, y también a los que siguen siendo jóvenes de espíritu para, mediante ellos, ofrecerlo a la cultura de nuestra Patria.*⁵⁹

⁵⁵ Herrera, ¿Qué valores...? Op. Cit., p. 197.

⁵⁶ Herrera, *De los estudios clásicos*, Op. Cit., p. 66.

⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁸ *Ibíd.* Destacado mío. A renglón seguido, hablando sobre el discurso fúnebre de Pericles, y de su autoridad y cultivo intelectual, plantea que, en Tucídides, hay “una gran lucidez para destacar el valor de la *paideia*, en la formación del hombre superior” (*Ibíd.*, p. 67).

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 68. Destacado mío.

Si bien existe, en lo ya dicho, una clara relación entre lo clásico y Chile, ésta se hace aún más explícita en otros textos. Por ejemplo, se va a comprender que, en tanto es lo que entrega un sentido a nuestra existencia, la pertenencia a la Civilización Cristiana Occidental, nos vitaliza como país⁶⁰. Asimismo, habría “una vertiente que *llega directa hasta nosotros y que continúa fecundándonos*; corresponde a lo que llamamos *la tradición clásica*, esto es, el cúmulo de experiencias aún vigentes de griegos y romanos”⁶¹. Todo esto, al comprenderlo a la luz de lo que se ha dicho en páginas anteriores, con respecto a la incorporación de América en la historia, por parte de Europa, cobra aún mayor coherencia y validez interna.

De este modo, y al igual que lo planteado por Krebs, para Herrera Cajas, la educación adquiere un rol central para poder desarrollarse dentro del ámbito de la cultura occidental, comprendiendo que con la misma: “se vaya cumpliendo armoniosamente en el cultivo de las distintas dimensiones del hombre. Esto es, en el fondo, y no otra cosa, lo que hay que entender por *humanidades*.”⁶² Ciertamente, las humanidades serán centrales para la concepción educativa del autor, de hecho, las relaciona con diversos ámbitos del conocimiento, tanto científico como corporal y social. Promueve, por ejemplo, la siguiente idea: en vez de que el niño tenga que pasar horas estudiando lo que son las columnas y los frontones, que salga a mirar las columnas y frontones que encuentre en los edificios de su ciudad.⁶³

De este modo, y aun cuando se acepta que “la cultura es patrimonio de todo hombre y de todo pueblo en cualquier nivel de su existencia histórica o protohistórica”⁶⁴, en el caso chileno: “Lo que orienta toda nuestra acción cultural es el respeto y el cultivo de los grandes valores de la cultura nacional, y de la cultura occidental”⁶⁵. Debido a esto:

⁶⁰ Chile y la civilización cristiana occidental, pp.:100-106, 1976, En: Herrera Cajas, Héctor. Op. Cit., p. 100.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 103. Destacado mío.

⁶² Educación, cultura y civilización, pp.: 34-43. En: Herrera Cajas, Héctor. Op. Cit., p. 40.

⁶³ *Ibíd.*

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 35.

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 41. Una relación similar entre la “cultura primitiva” y la “cultura occidental” se desarrolla en el texto *La cultura y el hacer bien hecho*, donde, si bien se acepta que todo hombre tiene cultura, se nos dice que ésta se puede perfeccionar para alcanzar ideales más altos, los que están, en su mayoría, permeados por una visión de lo clásico como

El patrimonio cultural de una ciudad, de una nación, no puede quedar entregado a gente inculta, administradores que no entiendan de sus valores; por eso los profesores, que somos tal vez los que estamos más comprometidos con el proceso de la cultura, de la creación cultural, del cultivo de las personas, también tenemos que asumir esta responsabilidad de ser los defensores de nuestras tradiciones, de las obras de arte, de todo lo que es testimonio de lo que ha sido la grandeza de nuestra Patria, a lo largo de generaciones; porque solamente sobre ese fundamento sólido, que es el pasado reconocido y todo lo que tiene de valioso, es que podemos proyectarnos para que esta cultura siga creciendo, siga consolidándose y enriqueciéndose, y siga dando los frutos con que confiamos que Dios bendecirá nuestra Patria.⁶⁶

trascendental: “El hombre, gracias a su acción cultural, deviene *culto* sin importar la sencillez o complejidad de su acción, ni su intimidad o repercusión social [...] Con toda propiedad podemos hablar pues de la *cultura de los primitivos* [...] Por supuesto que esa cultura primitiva, inflexible y ruda, puede ser objeto de un inagotable proceso de refinamiento –la *eruditio*, en su acepción prístina-, o puede perfeccionarse con ideales de vida –*humanitas* por ejemplo-, o participar en organizaciones sociales superiores –*civilizaciones*-, o alcanzar metas de excelencia que parecen superar el agotamiento temporal –*creaciones clásicas*–” (La cultura y el hacer bien hecho, pp. 21-24, 1969, En: Herrera Cajas, Héctor. Op. Cit, p. 22). En ese mismo sentido se encuentra la siguiente idea: “Frente a las sociedades primitivas, los griegos [...] van a poner una nota original, que comunicará una nueva dimensión a su existencia” (El sentido de la crisis en Occidente, pp. 70–78, 1983. En: Herrera Cajas, Héctor. Op. Cit., p. 70). Por otra parte, los aspectos contradictorios entre la “civilización occidental” y el resto de la humanidad no terminan en lo que respecta a la cultura: “Para el mundo oriental o para el mundo primitivo, cualquier factor que provoque crisis crea consecuentemente una situación de caos, un deterioro irremediable. [...] Por el contrario, lo propio de Occidente es que nos ha acostumbrado a *vivir en crisis*” (Ibíd., p. 72). Esta última idea es fundamental, en tanto deriva –no por sí misma, sino en conjunto con una somera teorización y revisión filológica del concepto “crisis”- en que los primeros se enmarcarían dentro de los “pueblos débiles”, mientras que “nuestra civilización”, entre los fuertes: “En el mundo clásico, el preguntar es plantear a fondo preguntas críticas, preguntas que conmocionan [...] Y, como responder significa siempre aventurarse en el futuro, la respuesta es, en todo caso, una aventura. La auténtica respuesta adquiere así una carga que se acentúa porque siempre es un riesgo; y, ésta es la razón porque la historia solamente es posible para los pueblos fuertes. Los pueblos débiles –y puede decirse lo mismo del hombre débil- quedan al margen de la historia; caso en que su acontecer se repite, como lo propio de los mundos primitivos, sin que en ellos haya una acción deliberada, sin que haya un pronunciamiento, una decisión que alumbre una nueva dimensión de la historia” (Ibíd., p. 74).

⁶⁶ Herrera, Educación, cultura y civilización. Op. Cit., p. 43.

Comprendemos que, si bien para el autor nos encontramos inmersos en Occidente, esto no va en desmedro de que exista un cierto “modo de ser”⁶⁷ particular de nuestro país: “nuestra historia propugna, desde muy temprano, un modo de ser chileno, que encarna con austeridad ideales del mundo clásico y con optimismo virtudes cristianas.”⁶⁸ El concepto del “modo de ser”, es, para Herrera Cajas, relevante en términos generales, y no sólo en su especificidad chilena⁶⁹. Asimismo, éste no genera una contradicción con la tradición occidental⁷⁰, en tanto el modo de ser puede ser original, corresponder a un “estilo propio”, pero: “la *originalidad* en la cultura no es la *novedad* [...] sino una *consciente búsqueda de los orígenes, un retorno a las fuentes inagotables, con todo el sentido germinal que ellas poseen*, para desde allí rehacer un recorrido espiritual que siempre significará una *recreación*.”⁷¹ No sería difícil suponer, acorde a lo que ya hemos visto, que estas fuentes inagotables sean las del mundo clásico. Nos encontramos frente a un ejercicio teórico que busca entregarle sentido a la experiencia histórica chilena, a partir de lo antiguo y, por tanto, lo occidental. En otras palabras, una operación de occidentalización, pero mucho más compleja que la pura inclusión discursiva de Chile en dicho ámbito cultural.

Conclusiones

⁶⁷ Relación que se establece entre el ser [colectivo o individual] y el mundo. (Herrera, *Imitación, apropiación* Op. Cit., p. 26).

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 105. Destacado mío.

⁶⁹ Es gracias a este *modo de ser* que se obtiene continuidad histórica organizada y no como simple acumulación, y esta continuidad se muestra en los *estilos*, que son la mejor garantía frente a la superficialidad y efemeridad de las *modas*, imitaciones bastardas, estériles y sin destino, aunque en su momento avasalladoras y estrepitosas. Un pueblo con estilo propio está capacitado para las grandes confrontaciones que se dan en la historia y es el que tiene esperanzas de sobrevivir (Herrera, *Imitación, apropiación* Op. Cit., p. 26).

⁷⁰ Como se puede ver explícitamente en la siguiente cita: “Una cultura sana es la formada por el conjunto equilibrado de todas sus expresiones, y acorde con los valores que le son propios, de manera que, en su conjunto, no haya aglomeraciones ficticias ni ausencias notorias; o habiéndolas, se las denuncie para que se cree conciencia del problema fatal que eso puede acarrear para el ser mismo de la cultura. Afirmamos, por ejemplo, que nuestra civilización es la cristiana occidental, es decir, que este es el aire del que viven todas las diferentes expresiones culturales nacionales, locales, generacionales y personales” (*Educación y cultura*, pp. 29-33, 1976, En: Herrera Cajas. Op. Cit., p. 32).

⁷¹ Herrera, *Imitación, apropiación y estilo*, Op. Cit., p. 26. Destacado mío.

En primera instancia, me parece fundamental dar cuenta de que las posturas en torno a la pertenencia de Chile a la civilización cristiana occidental, y por lo mismo, a la necesidad de difundir sus valores, están presentes en aspectos contemporáneos o de la historia reciente, como directrices educacionales heredadas de la dictadura de Pinochet⁷² o defendidas por los planteamientos de la UDI⁷³, partido político chileno que pertenece a la tendencia más conservadora de la derecha y que tiene una relevante representación en el poder legislativo y el gobierno actual. De este modo, es posible vislumbrar que las perspectivas históricas aquí presentadas pueden seguir estando presentes y permeando el desarrollo de ciertos procesos políticos, culturales e históricos.

Por otro lado, me parece que es posible apreciar relaciones entre las ideas aquí expuestas e interpretaciones sociales macro, como por ejemplo, un eurocentrismo radical, que llega incluso a deshistorizar y deshumanizar a aquellos grupos que no entran en los patrones culturales occidentales. De igual modo, la legitimación de la dominación colonial, y por lo mismo, de la posibilidad de anular culturas “débiles” e integrarlas a las formas “superiores” de cultura y civilización, todo mediado por un agente colonizador que, al parecer, sólo buscaría mejorar la situación del otro (!), da cuenta que ciertas nociones de la dicotomía civilización/barbarie se mantienen aún vigentes.

En el mismo sentido, veo como relevante hacer notar la relación que existe entre una perspectiva cultural típica de la élite latinoamericana, tremendamente eurocéntrica y europeizante, en especial vigente durante el siglo XIX y principios del XX –la cual es objeto de la crítica de Martí en el epígrafe aquí propuesto– sigue estando vigente, no sólo

⁷² Como se explicita en los fundamentos de los nuevos planes y programas para la Educación Media de 1982: “Chile se inserta en el humanismo occidental de raíces cristianas, para el cual el hombre es un ser trascendente cuya naturaleza espiritual le otorga primacía absoluta sobre todo lo creado, incluso respecto del Estado; porque los derechos de la persona humana son inherentes a su naturaleza, que emana del propio Creador” (Ministerio de Educación, Centro de Perfeccionamiento, experimentación e investigaciones pedagógicas. Planes y programas de estudio para la educación media. Historia universal y geografía general. Historia y geografía de Chile. Educación cívica. Economía. 1982, p. 16).

⁷³ “Si cuando definimos a la UDI como un partido popular, por la libertad y de inspiración cristiana, la discusión sobre cómo decíamos que adheríamos a los principios de la civilización cristiana occidental duró meses. Porque lo que queríamos señalar era que somos partidarios de la visión occidental, de la cultura occidental cristiana” (Entrevista a Jovino Novoa, 31/01/12, disponible en: <http://www.theclinic.cl/2012/01/31/no-me-confundo-estoy-con-el-gobierno-a-diferencia-de-muchos-que-cacarean-su-adhesion-y-votan-junto-a-la-concertacion/>. Revisado el 31/01/12).

dentro de la producción académica de estos autores, sino, y más preocupante aún, en las matrices y paradigmas bajos los que se sustentan –incluso hasta el día de hoy, aunque cada vez más matizado– una buena parte de la enseñanza de la historia universal a nivel escolar, por lo menos dentro de Chile.

Finalmente, espero haber mostrado con relativa elocuencia que los autores aquí tratados, en particular Héctor Herrera Cajas y Ricardo Krebs, se pueden comprender dentro de la categoría de “intelectuales conservadores” propuesta anteriormente. Para ellos, la trascendencia y universalidad de lo clásico, al menos en los textos aquí revisados, sería innegable, por lo que son las sociedades las que se deben adecuar a estos valores y no viceversa, ya que estos representan el ideal al que todos deberíamos aspirar.

Bibliografía

Amoretti, María. Interculturalidad y mestizaje en Rubén Darío. 2010.

Arancibia, Patrica. Ricardo Krebs Wilkens, Premio Nacional de Historia 1982. En: *Dimensión Histórica de Chile* 4/5 1987-88. *Historiografía*. pp. 179-188) Disponible en: www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0018906.pdf

Bernal, Martin. *Atenea Negra*. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. Ed. Crítica. Barcelona 1993.

Bochetti, Carla. El helenismo en América Latina: Francisco de Miranda un estudio de caso. En: *Nuntius Antiquus* N°4, Belo Horizonte, Diciembre 2009.

Carrera Mejía, Mynor. Las fiestas de Minerva en Guatemala 1899-1919. En: *Estudios* (Febrero 1998) Instituto de investigaciones históricas, antropológicas y arqueológicas. Universidad de San Carlos de Guatemala. pp: 166-175.

Doren, Alejandro. *Historia y Geografía*. Primer Año. Texto especialmente preparado para la educación comercial, conforme al programa vigente. Santiago, Chile, 1964.

Dussel, Enrique. *1492 El encubrimiento del otro: hacia el origen del “mito de la Modernidad”*. Quito: Abya-Yala, 1994.

García de Quevedo, Diana. La prefiguración de la Roma antigua en la ideología del romanticismo (1770-1848). Tesis para optar al grado de Doctor en Historia Antigua, Universidad Complutense de Madrid. Madrid, 2002.

Godoy, Hernán. (Comp.) *Chile en el ámbito de la cultura occidental*. Andrés Bello, 1987.

Greenwood, Emily. ‘We speak latin in Trinidad’ The uses of Classics in Caribbean literature. En: Goff, Barbara (Ed.). *Classics & Colonialism*. Duckworth, London, 2005.

Hardwick, Lorna. Postcolonial Studies. En: Kallendorf, Craig. (Ed.) A companion to the classical tradition. Blackwell publishing, Oxford, 2007.

Harrison, Thomas. Through British Eyes: The Athenian empire and modern historiography. En: Goff, Barbara (Ed.). Classics & Colonialism. Duckworth, London, 2005.

Héctor Herrera Cajas, Olga Giagnoni y Eliana Franco. Historia y geografía I. Primer año de Educación media. Ediciones pedagógicas chilenas, Librería francesa. Santiago, Chile. 1983.

Herrera Cajas, Héctor. Dimensiones de la responsabilidad educacional, Ed. Universitaria, Santiago, 1988.

Laird, Andrew. Latin America. En: Kallendorf, Craig. (Ed.) A companion to the classical tradition. Blackwell publishing, Oxford, 2007.

Laird, Andrew. Soltar las cadenas de las cosas: las tradiciones clásicas en Latinoamérica. En: Bochetti, Carla (ed.), La influencia clásica en América Latina. Universidad Nacional de Colombia, Bogota, 2009.

Schein, Seth. 'Our debt to Greece and Rome'. Canon, Class and Ideology. En: A companion to classical receptions. Hardwick, L, Stray, C (Eds.) Blackwell publishing, Oxford, 2008.

Taboada García, Hernán. José Enrique Rodó: el oriental y la Hélade. En: Anuario del colegio de Estudios Latinoamericanos, Vol. 2, 2007. Pp. 89-95. Weiss, Irene. Roma en Chile: Sobre la proyección del mundo antiguo en la conquista de América. En: Argos, 34.1, Asociación Argentina de Estudios Clásicos. Buenos Aires. 2011. pp.: 97-114.

Vasunia, Phiroze. Greater Rome and Greater Britain. En: Goff, Barbara (Ed.). Classics & Colonialism. Duckworth, London, 2005.

Vlassopoulos, Konstantinos. Unthinking the Greek Polis. Ancient Greek History beyond Eurocentrism. Ed. Cambridge University Press, New York, 2007.

Vlassopoulos, Kostas. Constructing antiquity and modernity in the eighteenth century: distanciation, alterity, proximity, immanency. En: Foxhall, L, Gehrke, H. J. and Luraghi, N., eds., Intentional History. Spinning Time in Ancient Greece. Franz Steiner Verlag, 2010. Pp.: 341-360.

Widow, José Luis. Pezoa, Álvaro, Marín, José (comps.) Un magisterio fvital: historia, educación y cultura. Homenaje a Héctor Herrera Cajas. Ed. Universitaria, Santiago, 2009.